

INTERIOR. HABITACIÓN. DÍA.

Unos rayos de luz rompen la penumbra de una habitación llena de muebles, viejos estantes y una rústica cama. Entre ellos, un hombre se viste cuidadosamente. Tras cubrirse con sus ropas, y calzarse unas botas gastadas, coge un sombrero de ala ancha, ajusta unos anteojos y envaina una espada.

EXTERIOR. CALLE. DÍA.

Al salir a la calle, se ajusta el sombrero. Luce una cruz de Santiago en el pecho, y por su aspecto no hay duda de que es FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Un subtítulo aparece ante la imagen descrita: "Madrid".

EXTERIOR. CALLE. DÍA.

Un Quevedo de cerca de cincuenta años pasea por varias callejuelas. Al poco, hace entrada en un bajo cuyo letrero reza: "Encuadernaciones Sánchez de la Vega".

INTERIOR. TALLER. DÍA.

Montones de libros acumulados en repisas, armarios, estanterías, butacas y mesas de trabajo. SÁNCHEZ, de unos cuarenta años, acude a la entrada.

QUEVEDO

¿Tenéis listo ya el pedido, o habéis hecho de nuevo gala de vuestra habitual lentitud?

SÁNCHEZ

Los quehaceres hechos con paciencia y sin prisas muestran mejores resultados.

QUEVEDO

Sánchez, no me deis excusas de mediocres.

SÁNCHEZ

¿Qué queréis decir?

QUEVEDO

Parecían esas muy débiles disculpas, pero sabéis bien que mi paciencia

es corta; y mi pluma, rápida.

SÁNCHEZ

Sois excepcional. Pero observad este trabajo (dándole los volúmenes reclamados), que aunque lento, es bueno. Doy fe, no soy hombre modesto.

QUEVEDO

Es un trabajo excelente. De no ser así, yo no sería cliente vuestro, ni vos seríais amigo mío.

SÁNCHEZ

De ambas cosas me alegro.

Quevedo hace ademán de irse.

SÁNCHEZ

(Mientras Quevedo sale) Y no os preocupéis en pagar, hacedlo con la paciencia de la que yo he hecho uso para el trabajo.

QUEVEDO

(Saliendo) Lo haré.

EXTERIOR. CALLE. DÍA.

Quevedo se aleja del establecimiento. Al poco de cerrar Sánchez la puerta, un JOVEN la golpea repetidas veces. Espera unos segundos, cansado por la carrera, y Sánchez abre en seguida. El joven le susurra algo al oído. Tras la sorpresa, Sánchez mira en dirección a donde se ha ido Quevedo, pero éste ya ha girado la esquina.

Quevedo entra en una cantina.

INTERIOR. CANTINA. DÍA.

Al entrar, casi todo el mundo le mira. Él los ignora, dirigiéndose al tabernero, al otro lado de una barra, que está sirviendo una bebida a otro cliente.

QUEVEDO

Comportaos como buen cristiano, amigo Pedro, y sacad a ese peleón

que por ahí tenéis escondido.

PEDRO

(Mientras le llena una jarra)
Vuestro comportamiento me hace dudar
sobre vuestro conocimiento.

QUEVEDO

¿Qué me decís, fiel vecino? ¿Qué
debo conocer?

PEDRO

Las noticias corren raudas, aunque
esta vez no han llamado a su puerta.
Tal vez por temor a vuesa merced.

QUEVEDO

¡Por cristo! ¡Queréis decirme de una
vez de qué noticias habláis!

Hay gente que se incomoda y mira de reojo a Quevedo. El cliente
que bebe en la barra encuentra una mirada de complicidad de Pedro.

PEDRO

Noticia, que sólo es una. Aunque
vale por mil.

QUEVEDO

¡Como que hay dios que ya he perdido
la paciencia!

PEDRO

Se trata de Don Luis.

QUEVEDO

¿Qué Luis merece ese "don"?

PEDRO

Góngora.

QUEVEDO

¡Diablos! Deberíais saber de
vuestra imprudencia, al nombrar a

ese infame delante de mi persona.

PEDRO

Ha muerto.

Pausa. Hay tensión en el ambiente, donde todo el mundo mira de soslayo a Quevedo. Nadie dice nada, hasta que él mismo rompe el silencio.

QUEVEDO

(Alzando la copa) Amigos..., si por ofrecer algunos trabajos se me pagara como debiera, convidaría a vuestras mercedes a lo que quisieran, porque la ocasión lo merece, ¡ja, ja, ja...!

La gente, aunque incómoda, le sigue un poco el juego.

QUEVEDO

Por dios que por fin se ha hecho justicia.

Echa un trago enorme.

QUEVEDO

Adelante, Pedro, llenad esa copa, que hoy estamos de celebraciones.

Pedro cumple la orden, y Quevedo vuelve a beber. Entre la gente, algunos ríen con él, pero otros abandonan el lugar, un tanto abochornados. Pedro no se atreve a parar a Quevedo.

QUEVEDO

Y que nunca es tarde si la dicha es buena, ja, ja... Aunque, cuánto ha esperado el diablo para reclamar a ese ladrón de versos.

Interrumpe un hombre de unos treinta años, acercándose por la espalda a Quevedo:

HOMBRE

Si hay alguien a quien acusar de ladrón, ese sois vos.

Quevedo se gira y le mira a la cara, valiente y ofendido.

QUEVEDO

Porque es ésta una casa honrada, y su señor buen amigo, que de lo contrario resolveríamos nuestras diferencias bajo techumbre.

HOMBRE

Si no fuerais un cobarde, pasaríais de las palabras a los hechos, afuera y con testigos.

QUEVEDO

En algo estamos de acuerdo, pues no me apetece derramar mierda en esta muy limpia casa.

EXTERIOR. CALLEJÓN. DÍA.

Quevedo, el hombre que defiende a Góngora, Pedro, y seis personas más, salen a un callejón desde la parte trasera de la cantina. Los dos enfrentados desenvainan, y se disponen a batirse en duelo. Nadie intenta impedirlo, aunque a Pedro se le nota nervioso.

PEDRO

(A Quevedo) Prudencia.

QUEVEDO

Perded cuidado. Seguro que es un espadachín del tres al cuarto. Sólo hay que ver sus modales.

Quevedo ataca en primer lugar, llevado por la ira. Su contrincante responde bien. Ambos se enzarzan entre estocadas rápidas y precisas. El joven posee gran destreza, y se nota que Quevedo la tuvo alguna vez.

QUEVEDO

Seguro sois perro judío como él, pues reconozco esa nariz. Debería dar parte a la Santa Iglesia.

Pero pronto sus movimientos, por la edad, el cansancio y el vino, se hacen más torpes, y acaba lanzando estocadas largas, al aire, perdiendo el dominio.

El duelo acaba pronto, cuando el hombre arrincona a Quevedo, haciendo que la gente se aparte. Le señala con la punta del estoque en la cruz de Santiago, soberbio. Quevedo, cansado y frustrado, le lanza una mirada de aceptación, rindiéndose. El joven le perdona la vida. Quevedo trata de recuperar aliento, muy avergonzado por la deshonra. El joven envaina tranquilamente, y se marcha.

PEDRO

Vamos, vamos Don Francisco.

Pedro agarra a su viejo amigo, y le ayuda a caminar. Busca con la mirada a su esposa, entre los testigos.

PEDRO

Juana, luego vuelvo. Acompañaré
a este hombre a su casa.
Vamos Don Francisco.

La gente se empieza a alejar del lugar. Nadie dice nada.

QUEVEDO

Ay, espero que el tiempo no sea
tan cruel con mi intelecto.

Pausa, mientras siguen caminando.

QUEVEDO

Vos sabéis que tiempo ha era tan
mordaz con el acero como con la
pluma. (Breve pausa) Qué pena
recordar ahora mis juventudes. Pues
bien cierto es que los años
aumentan la destreza con las letras,
y la restan en el arte de los duelos.

PEDRO

Sí, Don Francisco.

QUEVEDO

Y en verdad no sé cuál de los dos
asuntos es más peligroso.

INTERIOR. CASA QUEVEDO. ATARDECER.

De nuevo en la casa, Quevedo descansa sentado frente a una mesa, que comparte con Pedro, que bebe algo.

PEDRO

He de irme. Se hace tarde.

QUEVEDO

Sí, llega la noche. Y Juana os echará en falta, si no acudís.

Pedro se dirige a la puerta, con confianza, y no espera que Quevedo se levante. Sale.

Aparece gradualmente:

INTERIOR. CASA QUEVEDO. NOCHE.

La noche tras las ventanas. Una ligera brisa se cuele por una ventana abierta. La luz de un candil ilumina la estancia. Quevedo ojea unos volúmenes, sentado. Son libros grandes, con encuadernación de cuero de seis nervios, sin marcas en las tapas. Quevedo abre con mimo y cuidado uno de los libros. En la primera página hay un sello que marca "Sánchez de la Vega". Pasa esa página, y descubrimos un título: "Obras de Don Luis de Góngora y Argote. Madrid. MDCXXII."

Con mucho respeto, y los ojos enrojecidos y húmedos, Don Francisco de Quevedo y Villegas ojea y recuerda grandes versos de Luis de Góngora.

Sigue entrando la ligera brisa por la ventana.

Créditos.

Tras ellos, citamos: "Yo te untaré mis obras con tocino, porque no me las muerdas, gongorilla."